



Enviar Imprimir

LA AUSENCIA

Vicente Verdú**ISBN: 9788499700182**

NOTA PRELIMINAR

Todo libro bien nacido nace del corazón. Y el corazón, en mi opinión, es quien lo lleva, lo vigila y lo alimenta. Concretamente esta obra, un testimonio de biografía antes que de bibliografía, fue impulsada, al principio, por la fuerte ausencia que excavó a mi alrededor la muerte de mi mujer y cuya oquedad pesaba incluso más que las toneladas de cariño que conservaba y mantengo vivas.

De ese julio de 2003 hasta ahora han pasado más de ocho años, pero queriendo, alguna vez, hablar de ese dolor, se extraviaba la ocasión, ahogado como estaba en la dolencia o, simplemente, flotando sin proyecto. Fue, más tarde, cuando pude distanciarme de esa relativa invalidez y llegar a pensar que de ausencia padecemos todos, cuando, con el cariñoso estímulo de Ymelda Navajo en 2010, comencé la tarea de llenar estas páginas.

La ausencia entonces, ya en plena crisis económica y social, significaba también la falta de casi todo, desde el conocimiento suficiente para afrontar el problema a la paralela ausencia de trabajo, de liquidez, de líderes, de confianza, de moral y de muchos otros importantes asideros.

Del contenido de mi corazón al contenedor de la Gran Crisis. Empezaba expresándome en términos particulares y la letra rebotaba en circunstancias sociales; trataba mi ausencia, examinaba su valor y notaba que la emoción primera y personal, cada vez más esparcida, funcionaba en la meditación como el discurrir de este vehículo que siendo de un lado un libro es de otro un fuerte pedazo de vida. La ausencia, tratada así durante intensos meses, permitió también filtrar la arena y crear el contraluz de la presencia. Y del presente. Este presente global privado de ideas, poblado de fantasmas y anorexias, eviscerado de fe, antesala del fin mortal de una época.

En definitiva, para ayudar a que se entendiera mejor este texto he creído necesario contarlo, aun brevemente. Todos los libros, por lo demás, son mejores si alguien, antes, nos los cuenta habiéndolos sentido.

Estas páginas empapadas de su primer motivo empiezan refiriéndose al hecho de la ausencia en cuanto un mal global de nuestro tiempo. Ausencia moral e instrumental que se padece en casi todos los órdenes a través de la pérdida de referentes, de ideas y de remedios. Pero este análisis, que quizás no hubiera abordado con tanta convicción en otras circunstancias, en la segunda parte del libro, refiere la emoción de la ausencia en sí. Y de este modo el libro se confiesa. Todos los libros necesitan, al cabo, confesar su procedencia emocional, se trate de libros de literatura o de medicina. En mi caso, de uno y otro territorio, literario y medicinal, emocional y crítico, se componen estas páginas, mitad sociología de la experiencia y mitad experiencia a secas.

PREFACIO

La ausencia es una víscera. Y no posee lugar exacto puesto que, efectivamente, se trata de la misma ausencia.

Pero el lugar ausente de la ausencia, sin embargo, palpita, saliva y existe. Está y está vivo. La ausencia conduce, clama, desconsuela y, en consecuencia, manifiesta el malestar de su ser. Un ser nacido del malestar. Un ser nacido del malestar hasta llegar a no estar. Bien o mal, no estar en absoluto.

No se localiza, pues, en punto alguno, y aun palpitando en el organismo, es imposible de extirpar. Paradójicamente, una supuesta extirpación de la ausencia conduciría al reforzamiento de su entidad. De hecho, cada vez que en la ausencia se interviene o apenas la memoria la roza, su condición se remueve y baña su entorno de un vómito presencial. Cada vez que sobre la ausencia se recae, aun siendo dulcemente, su volumen aumenta como un cosmos. Posee así el comportamiento tan monstruoso como infeliz de los animales que ante un acecho se hinchan y, empeorando su apariencia, se vuelven más temibles y difíciles de mantener nuestros sentidos en él.

No hay nada dentro de la ausencia. No hay otra cosa dentro de la ausencia que la nada que segrega nada, desesperación e impotencia. Ni un sonido ni una vibración, solo la silenciosa ondulación de una náusea que nace como parte del fondo de la ausencia. Y no se conoce supuesto que pueda taponar esa boca visceral y su ahogo de vida y silencio actualizados. Ella misma es, por definición, el silencio y el recuerdo en vivo.

No está en ningún lugar, no dice sino el silencio, no expresa sino el borbotón doliente de la nada. Ni puede verse ni puede asirse, tal como un condenado sin rescate ni redención.

Su función orgánica, puesto que se trata al fin y al cabo de una víscera, es comunicar sin trueno lo físico con lo metafísico, la realidad con su *imago*, su permanencia con el tormento de una figura que se abulta en el revés caudal de lo que no se ve.

I DESAPARICIÓN TOTAL

Los investigadores han logrado un material que, al aplicarse como una capa, hace invisibles los objetos que cubre. En los trabajos de invisibilización publicados en las revistas Nature y Science la segunda semana de agosto de 2008, los expertos afirmaban que, aun siendo un gran paso, la composición empleada es difícil de fabricar y su efecto no es tan espectacular como el que se contempla en las películas de Harry Potter. Pese a ello, no se descarta llegar a conseguirlo en toda su perfección. El material aplicable ahora se compone de óxido de aluminio con nanocables de plata y es diez veces más fino que el papel. Su sueño es la producción de una antipresencia o, lo que sería lo mismo, la ubicación del todo en la inalcanzable y fina abstracción de la ceguera.

La sensación de ausencia caracteriza significativamente esta época. Ausencia antes y durante la Gran Crisis. Ausencia en el horizonte imaginable tras ella. Desde un mundo que acaba a otro que apenas se atisba cunde una atmósfera vacía o vaciándose de proyecto y valor.

La religión hundida, las utopías evaporadas, los valores extraviados, las jerarquías abatidas, la autoridad refutada, los padres desnortados, las instituciones desacreditadas han compuesto un círculo que recalca, por su lado, la patraña del arte, el fin de la confianza y el empleo fijo, el arrasamiento de casi cualquier afianzamiento o, en consecuencia, el predominio del vacío, la vacuidad y el peso cero.

El posmodernismo fue, desde finales del siglo XX, la palabra ambigua que tapaba el desorden y designaba lo que en verdad no significaba tras el fin de la modernidad. El fin de la modernidad y con ello la caducidad del arsenal de referencias seguras. Porque abatido el sistema de certezas, en su lugar aparecía un solar.

¿Para levantar una nueva torre, otro ideal? Nada de nada. Un solar vasto destinado a especular. Especular o crear mediante un delirio de imágenes repetidas, reflejándose entre sí, el colapso de lo mismo obcecado en lo mismo: la Gran Crisis de época, y no solo financiera, sino la Gran Crisis de un destino despojado de sentido y alzándose el futuro como una figura blanca en la que se funden el no saber qué hacer con el no saber qué creer, «Otro mundo es posible». Otro mundo que gana prestigio gracias a su ausencia. No habiendo nada aquí, es probable que no haya tampoco nada allá, pero la dificultad de comprobación es tanto mayor cuanto más lejos se sitúa el vacío. Y por añadidura, el acuciante anhelo hace ver en la ausencia la promesa de toda salvación. La extraña espacialidad por la que discurremos ahora sería así igual a un mundo que, perdida su sustantividad, vive en la contingencia, grave o banal, arbitraria en fin, balanceándose en el fulgor de la ausencia. Una ausencia que, de seguir imperando, terminará por diluir cualquier residuo y provocará un vuelco por el que el cuerpo deducirá, de su insoportable angustia, el impulso para rehacer la calidad del menú.

Condenarse a ser feliz

Cuanto más rica es la sociedad, más aumentan los desechos. Cuanto mayor es la ganancia, mayor es el desperdicio. Esta ecuación que ha regido toda la historia se corrige ahora con la tajante orden de hacer desaparecer los restos. Las sociedades más atrasadas serían aquellas a las que se les notaran los detritus, puesto que en las avanzadas funcionarían técnicas de degradación orgánica hasta la asíntota cero.

Ejemplarmente, respondiendo a las reglas de la nueva ética, la revista de publicidad *Creative Review* del Reino Unido utiliza un producto para envolverla llamado «*Harmless Dissolve*» («desintegración inofensiva») que tiene la misión de acabar definitivamente con la cosa.

Acabar definitivamente con ella y desde su interior, puesto que si bien ese material puede disolverse por completo en agua a sesenta grados, también podría desvanecerse echándolo a la basura y al rozarse con los demás productos orgánicos que también se dirigen a la putrefacción.

Estos envoltorios de tanta vocación por hacerse nada se producen precisamente a partir de fuentes sostenibles y renovables, fuentes eternas, sin muerte ni fin, como son hoy el maíz y el almidón de patata. Batalla, en general, contra las huellas de lo que se adquiere, se consume y hasta se expulsa. Las sobras pasan así de ser una señal de superabundancia a convertirse en el índice de la miseria de la civilización.

En general, todo lo que en los entornos del siglo XXI nació de dispendios sin tasa se convertirá en excrescencias difíciles de soportar.

Damien Hirst y sus presuntas obras de arte cuajadas de piedras preciosas, sus carneros calzados de oro, sus calaveras pobladas de diamantes, ¿cómo no iban a llevar consigo la semilla de su propia muerte? El derroche es igual a la profusa hemorragia del valor: la anemia del arte, la falta de liquidez, el rígor mortis del sistema. Por el contrario, los peinados de onda blanda, la concendencia, la llaneza, los colores leves, los gastos débiles, la relajación, la distensión, la cooperación, los biocombustibles, el mundo descargado de ansiedad y de peso propician un ambiente donde la calma irá creando un espacio más humano y callado, y frente a la ya patológica obligación de divertirse, gastar, trabajar sin freno, tomar pastillas o condenarse a ser necesariamente feliz.

Ciegos mercados

En medio de la impotencia, la ignorancia y la incompetencia política se dice que la responsabilidad de esta Gran Crisis se halla en los mercados. Pero ¿qué mercados? ¿Dónde están? ¿Quiénes son? ¿Por qué son nuestros enemigos y nos atacan? ¿Qué podría disuadirlos?

Lo característico del mercado es su abstracción. Pero, además, lo capital del mercado es su falta de razón, su delirio, candente.

La naturaleza del mercado, siendo tan abstracta, pertenece al orden de lo inefable y forma parte natural de lo inexplicable porque, de otro modo, siendo parte de un pensamiento lógico, podrían ensayarse negociaciones para hacerle entrar en vereda y en efectos de buena fe.

Sin embargo, la razón que nos hiere o que nos mata forma parte del extraviado, excéntrico o ilocalizable organismo. Los mercados enloquecen o nos hacen extrañamente libres, desorbitadamente ricos y pobres.

Lo característico, en fin, del mercado es su aparente independencia, su dura autonomía, su impía actuación. Y, precisamente, gracias a sus acciones arbitrarias creemos en su alto poder. Los odiamos o los amamos sin saber bien qué amamos u odiamos, pero, siendo sus efectos tan terribles, ¿cómo no suponer en ellos la presencia de Dios? Son ahora nuestros enemigos sin saber dónde se encuentran; son poderosos en virtud de su invisibilidad descomunal.

La paradoja de los mercados, buenos y malos, explotadores y liberadores, verdaderos y falsos, productores y especuladores, es que convierten su entidad en fantasma y su presencia más dura y feroz en ausencia feraz y pura. Actúan desde lo invisible para hacerse sentir y desaparecen en lo invisible, como si no necesitaran ocupar lugar alguno. La ausencia institucional del mercado sería acaso nuestra carencia organizativa, pero ya su gigantesco efecto, su omnipotencia absoluta, vendría a producir la aniquilación del todo. Esta es su ley.

Esta es su aporía y la aporía del momento en que vivimos. Dejar a los mercados actuar a su antojo es tolerar una deriva ciega y acaso exterminadora. Controlar los mercados, dotarles de órganos políticos para orientar sin proceder es, ya hoy, cuando la política hiede, entregarlos a manos de instancias que han demostrado su descomposición, su desvincijamiento y tantos otros achaques de su vejez. El mundo decide su futuro en esta encrucijada de la crisis en donde lo asible y lo inasible, la realidad de miles de millones de dólares y la irrealidad de miles de millones de dólares conmutan sus papeles de verdad y ficción en un torbellino en el que los bancos centrales y todas las mastodónticas formaciones vuelan como el papel moneda, que en su profusión, proliferación e hiperfabricación se comporta como papeles sin letras, panfletos ciegos de una revolución capitalista que se funde en el tumor de su plétora, una y otra vez.

© La Esfera de los Libros, S.L. Avenida de Alfonso XIII 1, bajos. 28002 Madrid
Teléfono: 912 960 200. Fax: 912 960 206. e-mail: laesfera@esferalibros.com

Páginas optimizadas para Internet Explorer 5, Netscape 4 con resolución de 800x600 y 1024x780